

CÁMARAS DE ECO, POLARIZACIÓN IDEOLÓGICA Y TRIBALISMO

ECHO CHAMBERS, IDEOLOGICAL POLARIZATION AND TRIBALISM

Horacio Rodríguez Contreras*

Resumen

Sobre el surgimiento de retóricas y movimientos ideológicos extremistas, este ensayo explora el papel que han tenido las redes sociales en la polarización política y social y cómo las actitudes propias del tribalismo han sobrevivido en un contexto hiperconectado gracias a las llamadas *cámaras de eco*. Asimismo, expone los riesgos y las amenazas que estas cámaras de eco representan para el pleno ejercicio democrático y enfatiza la importancia del intercambio y la confrontación de ideas, así como el papel del arte como antídoto para el tribalismo.

Abstract

On the rise of extremist ideological movements and rethoric, this essay explores the role of social media in society's political polarization and how the attitudes of tribalism have survived on our hyperconnected world thanks to the so-called "echo chambers". It also exposes the risks and threats that these "echo chambers" represent to a full democratic exercise, and it emphasizes the importance of the exchange and confrontation of ideas, and of the role of art as an antidote for tribalism.

Cómo citar este artículo

Rodríguez Contreras, H. (2019). Cámaras de eco, polarización ideológica y tribalismo. *Entretextos*, 11(31), 1-11. <https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.201931193>

* Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana León. Extécnico de producción audiovisual y redes sociales del Instituto Electoral del Estado de Zacatecas. woharo_21@hotmail.com

Palabras clave: redes sociales, cámaras de eco, extremismo ideológico, tribalismo.

Keywords: social media, echo chambers, ideological extremism, tribalism.

Paraíso perdido

¿Qué pasó con la utopía Benetton?

La promesa del mundo hiperconectado: jueves por la noche en cualquier ciudad del hemisferio occidental. Alex llega de su trabajo y está listo para disfrutar de un rato de procrastinación después de una jornada productiva. Su vicio elegido: partidas en línea de *shooters* en primera persona. Al prender la tele, las noticias lo detienen. Hubo un fuerte terremoto en Japón. Los reportes son preliminares, los detalles aún son vagos, pero se tiene la magnitud del sismo, su epicentro y, en un mapa que abarca la pantalla, se mencionan las prefecturas afectadas. Una de ellas llama la atención de Alex. ¿Qué había dicho MiyagiSan94, uno de sus compañeros de las partidas en línea, cuando bromeaban sobre su nombre y el hecho de que él era japonés? Que él ni siquiera había visto *Karate kid*, que se había puesto así por el nombre del lugar donde vivía. La prefectura Miyagi, en la ruta de colisión de un megasunami. Alex agarra su *laptop* y se une al foro en el que él y sus compañeros comparten anécdotas y estrategias para el juego. Alguien ya preguntó por MiyagiSan94; otros que lo conocen personalmente compartieron su identidad real. Si muere, un pequeño puñado de personas distribuidas alrededor del mundo lo recordarán por su nombre.

Esto pudo o no haber ocurrido el 11 de marzo de 2011. Sin duda una ocurrencia así estaría en armonía con el espíritu de conectividad global que pregona el fundador de la Red Informática Mundial (la omnipresente triple w, cuyo cumpleaños oficial sería al día siguiente a esta tragedia, el 12 de marzo). Y si bien Sir Tim Berners-Lee reconoce que su invento se ha mantenido a la altura de su propuesta original, una plataforma abierta que permita el acceso libre a información y el intercambio y colaboración a través de fronteras geográficas y culturales, también admite que ciertos vicios humanos han encontrado un terreno fértil en la Internet (Berners-Lee, 2017).

Mencionar los efectos positivos y negativos que ha tenido Internet, y más recientemente la Web 2.0, resultaría en una larga y, francamente, estéril discusión. No se pueden colocar los pros y contras de la Red mundial en una balanza, porque esto conlleva la implícita valoración funcional de esta herramienta que ya se encuentra más allá del bien y del mal. Si a esas vamos, ya de paso habría que hacer lo mismo con la rueda o el fuego.

En vez de eso, valdría más la pena identificar cuáles eran algunas de las problemáticas sociales que, ingenuamente, al parecer, ya habrían sido solucionadas, o por lo menos debidamente atendidas, dentro del contexto de un mundo hiperconectado.

El racismo, la xenofobia y, en general, el temor a la otredad, no solo entre grupos de diferentes naciones y etnias, sino también entre los diversos conjuntos ideológicos que habitan incluso dentro una misma zona territorial; toda esa aversión a aquellas

Si bien Sir Tim Berners-Lee reconoce que su invento se ha mantenido a la altura de su propuesta original, una plataforma abierta que permita el acceso libre a información y el intercambio y colaboración a través de fronteras geográficas y culturales, también admite que ciertos vicios humanos han encontrado un terreno fértil en la Internet (Berners-Lee, 2017).

personas que sencillamente no pertenecen a ese ambiguo *nosotros*, debería haber desaparecido (o, por lo menos, disminuido considerablemente) en un entorno en el que la existencia humana se volviera una experiencia colectiva y compartida de manera universal. ¿Cómo podríamos generalizar y discriminar a grupos enteros de personas si conocemos, tal vez hasta convivimos, con miembros de estos grupos? ¿Cómo podríamos constantemente enfatizar nuestras diferencias si resulta más provechoso y benéfico trabajar sobre nuestras semejanzas? ¿Cómo podríamos ser indiferentes a tragedias que suceden al otro lado del mundo mientras vemos transmisiones en vivo y testimonios en directo de las personas que las están sufriendo?

Un subproducto de esta nueva conexión empática que nos uniría a todos como humanidad sería la resolución pacífica de conflictos bélicos. Suena a hipérbole, y lo es, pero explayemos: en el sentido más básico del concepto, ir a la guerra implica eliminar a un enemigo. Gracias a los años de condicionamiento que entraña la convivencia en sociedad, la idea de *anular personas adversas* —suena a eufemismo de la mafia—, conlleva toda una serie de connotaciones negativas. Para decirlo en otras palabras, e independientemente de lo que cada quien piense sobre la *naturaleza humana*, la sociedad no construye asesinos. No los necesita. Es por ello que uno de los objetivos principales de las campañas de propaganda durante conflictos bélicos es el de deshumanizar al enemigo. Para que los soldados no flaqueen a la hora de la batalla, deben ver a las tropas enemigas como seres diferentes a ellos. No son jóvenes alemanes, son nazis. No son chavos musulmanes, son parte de ISIS. No son mexicanos como nosotros, son narcos. ¿Cómo podríamos sentirnos cómodos con su eliminación sistemática, como lo dictan las reglas milenarias de la guerra, si supiéramos que el enemigo, como nosotros, tiene “manos, órganos, dimensiones, sentidos, alma y pasiones” (Shakespeare, s. xvi)?

¿Cómo podríamos sentirnos cómodos con su eliminación sistemática, como lo dictan las reglas milenarias de la guerra, si supiéramos que el enemigo, como nosotros, tiene “manos, órganos, dimensiones, sentidos, alma y pasiones” (Shakespeare, s. xvi)?

Como se dijo, el escenario anterior es una hipérbole, pero la defensa de Shylock se sostiene. Debe ser difícil odiar a una persona, por no decir matarla, una vez que esta persona tiene un rostro y una historia. Y eso era en cuanto a la otredad típica de las guerras entre naciones. Incluso si la Internet no vino a traernos la paz mundial, mínimo debió habernos otorgado un sistema de gobierno más eficiente, democrático, abierto y transparente. Esto no era un escenario utópico ni ingenuo, hay que recordar que el propósito inicial de la Internet era el de facilitar el acceso a la información para el personal de la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN por sus siglas en inglés). Llevado a un contexto gubernamental la escala cambia, pero el propósito no y la dificultad para hacerlo realidad francamente no es alta. El único problema —el gran problema de la democracia— es la voluntad política.

La rendición de cuentas es, al mismo tiempo, la garantía y la meta de una democracia sana. Para que esto sea una realidad se deben poner en marcha toda una serie de mecanismos que permitan visibilizar, evaluar y juzgar el desempeño de la administración gubernamental. La capacidad de conectar y compartir información entre las dependencias de gobierno y la ciudadanía no solo permitiría la

creación de una burocracia ágil (si se me permite el oxímoron) y un uso más eficiente de recursos públicos; esto también implicaría la gradual erradicación de las prácticas de corrupción institucional. Ya que la corrupción nace de la complicidad entre las partes involucradas —generalmente siendo estas el gobierno y la ciudadanía— la implementación de controles y plataformas que exhiban el actuar de la administración gubernamental y la sociedad civil llevaría a un proceder apegado a derecho, aunque esto se deba al temor a acciones punitivas. Ni modo.

Aunque este escenario ideal, un mundo unido en armonía, regido por democracias sanas y funcionales, es sin duda una utopía, aun así podemos ver intentos —a veces sinceros, a veces oportunistas— de hacer realidad, aunque sea de manera parcial, esta fantasía social. La generación de redes de organizaciones altruistas, la aparición de plataformas de apoyo colectivo, la creación de organismos de transparencia... Tampoco hay que caer en la trampa del cinismo y argumentar que la Internet no ha provocado cambios positivos en el mundo. Tal vez sí se podría decir que la “utopía Benetton”, el mundo unido y multicultural que anuncia la marca que hace “ropa para humanos” (Campaña de United Colors of Benetton, 2016), es un ideal que, paradójicamente, nunca podrá ser hegemonizado en un mundo tan diverso como el nuestro.

Pero una cosa es que no estemos viviendo en una comuna *hippie* cantando “We are the world” y otra es nuestro contexto actual, en el que la retórica fascista de Trump logró entrar en la Casa Blanca, el Reino Unido pretende salirse del experimento de comunidad global más ambicioso de la historia y un rutinario ejercicio de democracia en México divide a un país que antes padecía de apatía política. ¿Qué demonios pasó?

¡Esta es mi caverna! ¡Hay muchas como ella, pero esta es mía!

La realidad del mundo hiperconectado: volvamos a nuestro escenario inicial. ¿Quién es Alex? ¿Cómo vive y cómo reaccionó al terremoto de Japón, el 11 de marzo de 2011? Alex llegó de su trabajo a su departamento, aunque ese día tal vez hubo una reunión, presentación o evento que requería su presencia física en la oficina. Cabe la posibilidad de que él sea parte del creciente grupo de trabajadores que pueden realizar sus labores desde su propia casa, la anhelada *home office*. Alex decide jugar su partida de *shooters* en línea, una actividad que le otorga contacto social, aunque sea en un contexto virtual, anónimo y altamente competitivo, lo cual tiende a generar interacciones hostiles y a estimular conductas antisociales. Pero es divertido. Y Alex tiene amigos *en la vida real* y es perfectamente capaz de reconocer los diferentes planos de interacción entre ambos grupos con los que convive. Al encender la televisión se entera del terremoto. ¿Había dejado la televisión en el canal de noticias? Para que esto haya sucedido así debemos asumir que Alex es un joven genuinamente interesado en el estado del mundo y que ve rutinariamente los canales de noticias. Al escuchar la noticia se da cuenta de que una de las prefecturas afectadas por el sismo es el lugar donde reside uno de sus amigos en línea. Hay que destacar que Alex se tomó la molestia de participar en foros en los que convive con miembros que no solo no pertenecen a su círculo social, sino que tampoco comparten su nacionalidad o idioma, algo sencillo de hacer pero que requiere una voluntad que no es compartida entre todos los aficionados a los juegos en línea. Y por último, ¿qué hizo Alex al saber que tenía una conexión, débil y tangencial pero un vínculo, al fin y al cabo, con una tragedia que ocurría al otro lado del mundo? Tal vez hizo una donación a los fondos de rescate, tal vez también invitó a otros a aportar algo para la nación en desgracia. O tal vez solo hizo alguna publicación en

la que mostró su solidaridad hacia los afectados. #PrayForJapan. La empatía convertida en capital para el ego.

Hay una razón muy específica por la cual decidí utilizar este ejemplo. Las tragedias suelen tener un efecto unificador en las sociedades. No vayamos muy lejos, recordemos nuestro propio terremoto del 19 de septiembre de... Cualquiera de los dos, pero más específicamente el de 2017. Además de los esfuerzos colectivos de las personas que se encontraban en las zonas de desastre, la utilización de las redes sociales para conectar, informar y hacer eficiente el uso de recursos humanos y materiales en las labores de rescate resultó ser una clase magistral del poder de la Web 2.0, cuando se utiliza para el beneficio de la humanidad. Pero, como estamos a punto de ver, los grupos sociales, cuando se encuentran en periodos neutrales, tienden a observar y acentuar las diferencias que existen entre sí.

A pesar de que el antagonismo entre diferentes grupos sociales es un rasgo distintivo que se remonta a épocas prehistóricas, resulta interesante que la evolución de la psique colectiva humana no haya eliminado este modo de actuar, en vista de los evidentes beneficios que conlleva la unión en contraste con la división, y la diversidad, en todas sus formas, en oposición a la endogamia ideológica, cultural, genética, etc. Sin embargo, el sistema de diferencias que existe entre estos grupos genera una tensión entre lo que se puede considerar como “lo Idéntico” y “lo Otro” que resulta en una interesante paradoja: estas diferencias no están para complementarse entre sí, como sería natural pensar en un sistema de opuestos, sino para exacerbar su propia “incompletud” (Laclau y Mouffe, 1985).

A esto hay que agregar una interesante inversión al significado del mito de la caverna que hace Peter Sloterdijk en su libro *Esferas* (1998). Se plantea que el exterior de la caverna es hostil, hace frío y viento, es peligroso vivir afuera, de modo que las personas deciden cavar su propia caverna. Visto así, la caverna adquiere una connotación completamente diferente al planteamiento de Platón; esta se convierte en un hogar, un lugar seguro y aislado, y el acto de construirla —con todo y los juegos de sombras a través de los cuales percibiremos la realidad— se volvería aquello que nos diferenciaría de los animales (Sloterdijk, 1998). No estamos construyendo un nido o una guarida contra los depredadores, estamos edificando un refugio para nuestra conciencia.

¿Nosotros diseñamos nuestra propia caverna? Vamos a saltarnos el debate antropológico e histórico de esta pregunta y vayamos

“Lo Idéntico” y “lo Otro” no están para complementarse entre sí, como sería natural pensar en un sistema de opuestos, sino para exacerbar su propia “incompletud” (Laclau y Mouffe, 1985).

No estamos construyendo un nido o una guarida contra los depredadores, estamos edificando un refugio para nuestra conciencia.

directamente a la manera en la que interactuamos actualmente con la Internet. Varios de los sitios web que más tráfico obtienen al día dan la opción, o incluso requieren, de la creación de una cuenta personal. Los mismos navegadores que utilizamos para acceder a Internet permiten guardar estas cuentas y han integrado esta personalización de la Red a varias de sus funcionalidades. Esto es importante porque, desde el momento en el que abrimos nuestro navegador estamos entrando al ciberespacio a través de un pasadizo muy angosto, del cual no siempre nos atrevemos a salir.

¿Qué tan reducido es este pasadizo? Eso depende mucho de la interacción que cada usuario tenga con la Red, aunque también entran en juego una serie de variables relacionadas con los algoritmos de búsqueda y publicidad de varios sitios web. Ese en particular es un tema delicado y complejo porque implica la deliberada manipulación de contenidos con el objetivo de reorientar la percepción y ajustar o modificar la opinión pública. Pero eso, sin demeritar su relevancia e importancia, no lo voy a abordar en este ensayo. En vez de eso, veamos cómo los mismos usuarios son los que sesgan su propia experiencia dentro del ciberespacio al personalizar y seleccionar el contenido que consumen.

Digamos que un usuario decide investigar un tema que ha generado polémica dentro de su entorno. Podría preguntar dentro de sus redes sociales a contactos que esta persona ha ido agregando e incluido por diversas razones, una de las cuales bien podría ser la coincidencia ideológica. Esto es un comportamiento normal en los seres humanos: convivimos con las personas que nos son afines. Después de esto podría consultar el tema con personas o fuentes que ya no pertenecen a su círculo social, pero a quienes este usuario hipotético les ha atribuido la calidad de expertos o conocedores del tema; estas personas o fuentes también pasaron por un proceso de selección del mismo usuario, con los mismos filtros nacidos de su subjetividad. ¿Esto qué significa? Que la *investigación* arrojará información y datos consistentes con las posturas y creencias del usuario; si planeaba tomar partido en la polémica, ahora tendrá los argumentos que necesita para estar del lado *correcto* de la discusión. Esto son las cámaras de eco.

En una subversión de una de las principales cualidades de la Internet, el acceso plural a información, lo que han generado las cámaras de eco ha sido facilitar la difusión de canales y fuentes que apoyan y sostienen ideologías que normalmente carecerían de sustento argumentativo. Esto va aunado a los filtros burbuja, los cuales se refieren a un fenómeno similar a las cámaras de eco, pero generado por algoritmos de búsqueda que tienden a arrojar resultados similares a los que el usuario ha buscado de acuerdo con su historial dentro del navegador. ¿Y todo esto a que nos ha llevado? A una polarización ideológica, social y política en la que grandes grupos sociales están completamente aislados de las opiniones, testimonios, experiencias y argumen-

En una subversión de una de las principales cualidades de la Internet, el acceso plural a información, lo que han generado las cámaras de eco ha sido facilitar la difusión de canales y fuentes que apoyan y sostienen ideologías que normalmente carecerían de sustento argumentativo.

tos que existen en cada uno de estos colectivos. El tribalismo de la era digital está construido y mantenido por estas cámaras de eco.

La polarización ideológica, que naturalmente lleva al extremismo ideológico, alimenta al tribalismo debido a lo que podría considerarse como una cierta incapacidad de los seres humanos de reconocer las “experiencias de vida” de otros humanos como “reales”, por el simple hecho de pertenecer a un *otro* colectivo. Desde un enfoque cognoscitivo, interpretamos a los entes singulares como instancias de una universalidad, meros ejemplos arbitrarios de un absoluto ya que, dentro de mi aproximación ético-existencial a la realidad, lo que importa es mi existencia singular concreta (Kierkegaard, 1846). Entonces, como nosotros elegimos no incluir a estos otros entes sociales dentro de nuestro escenario de lo *real*, resulta más fácil anular su participación dentro del mismo.

Esto no es nuevo, pero sí debería resultar anacrónico en un contexto tan hiperconectado como el nuestro. Y las consecuencias para la democracia son serias, como la misma historia lo ha demostrado. En su libro *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt señala que el sujeto ideal del régimen totalitario no es el nazi o el comunista convencido, sino aquella gente para la cual la diferencia entre hecho y ficción y la distinción entre falso y verdadero ha dejado de existir (Arendt, 1951). Ahora vivimos en un mundo en el que la población que vive conectada a la Red global, y que tiene prácticamente toda la información del mundo al alcance de su mano, decide ignorar datos que contradicen sus creencias; escoge rechazar argumentos que ponen a prueba su ideología y elige escuchar voces que sustenten sus posturas, aunque estas en sí mismas carezcan de sustento. Bajo estas circunstancias han acaecido eventos recientes en el escenario global que atentan contra las estructuras de la democracia y que ponen en riesgo la civilización como la conocemos.

Los ejemplos más claros de los efectos de las cámaras de eco en procesos democráticos ocurrieron en 2016: primero con el referéndum en el que se decidió la separación del Reino Unido de la Unión Europea y, meses más tarde, con las elecciones presidenciales de Estados Unidos. En ambos casos se dieron campañas proselitistas plagadas de desinformación, lo cual no es nuevo pues ocurre en todos los comicios que se llevan a cabo en todo el mundo, pero en estos casos convergieron dos circunstancias particulares: el extremismo de las retóricas utilizadas y una difusión en redes sociales más amplia y completa dentro de una población más introducida en la Web 2.0. Ahora bien, las personas que participaron en estos procesos electorales pertenecían a países de primer mundo y emitieron su voto de manera libre; no eran parte de una república bananera o de un régimen totalitario en el que su voto estuviera coartado o que tuvieran como única fuente de información los canales oficiales de la propaganda estatal. ¿Por qué es justo suponer que la polarización ideológica sesgó la capacidad de raciocinio del electorado? Porque, horas después de que se dieron a conocer los resultados del referéndum que hicieron oficial el *brexit*, la segunda pregunta más buscada en el buscador de Google fue: “¿Qué es la Unión Europea?” (Fung, 2016). El electorado del Reino Unido, nación que en su momento tuvo el imperio más grande en la historia, acudió a las urnas a tomar una decisión

Hannah Arendt señala que el sujeto ideal del régimen totalitario no es el nazi o el comunista convencido, sino aquella gente para la cual la diferencia entre hecho y ficción y la distinción entre falso y verdadero ha dejado de existir (Arendt, 1951).

con efectos trascendentales para su país, sin los conocimientos básicos necesarios para valorar y elegir de manera informada.

El caso de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016 es, al mismo tiempo, más sencillo y más complicado de explicar; lo complicado está relacionado con el sistema electoral de EE. UU. —a efectos de este ensayo, omitamos la controversia sobre el voto popular y el Colegio Electoral y tomemos la victoria de Donald Trump como un resultado indiscutible—, mientras que lo sencillo está relacionado con el sistema bipartidista que impera en Estados Unidos: el partido Republicano y el partido Demócrata, lo cual genera una clara línea que divide a la población de este país en dos grupos políticamente opuestos. La razón por la que la victoria de Trump fue tan sorpresiva para todos los medios noticiosos, quienes en casi todas las encuestas que publicaron daban por sentada su derrota, fue porque, a pesar de conocer el dato sobre la polarización política en Estados Unidos, no dimensionaron el tamaño real de la población que apoyaba, compartía o, simplemente, escuchaba pasivamente la retórica nacionalista de Donald Trump. Los meses previos a noviembre de 2016, en el territorio estadounidense coexistieron dos países ideológicamente opuestos, sin tener pleno conocimiento uno del otro.

En el plano físico compartían los mismos espacios públicos, gozaban de los mismos derechos y servicios que les otorgaba el gobierno, pero en el plano digital los miembros de estas dos tribus ni siquiera hablaban el mismo dialecto. Para la tribu demócrata, esto le generó el exceso de confianza con el cual llegó a noviembre, solo para recibir el cubetazo de realidad que fueron los resultados electorales. Para la tribu republicana el daño que le provocó el aislamiento digital fue más profundo; no solo se volvió más susceptible a la propagación de noticias falsas, con lo cual perdió la noción de su realidad; no solo se hizo más adepta a la utilización de memes para acallar los debates, con lo que perdió la habilidad de argumentar y de escuchar argumentos. Probablemente el daño más grande que sufrió la tribu republicana fue que, debido a su discapacidad digital, su ceguera y sordera voluntaria para evitar reconocer datos adversos y su dislexia autoimpuesta que la inhabilitó para construir mensajes contestatarios complejos, todo esto la llevó a sucumbir a la retórica de Trump, un discurso mal estructurado de aislacionismo retrógrada, nacionalismo fascistoide y proteccionismo basado en miedos racistas.

... es fácil si lo intentas

La capacidad de analizar y de poder debatir cualquier tema de manera educada y profunda debería ser reconocida como crucial y relevante en cualquier momento de la historia humana, pero actualmente hay una urgente necesidad de poder entablar discusiones serias, inteligentes y propositivas sobre problemas que gradualmente van a representar un serio obstáculo para el progreso de la humanidad.

¿Por qué es justo suponer que la polarización ideológica sesgó la capacidad de raciocinio del electorado? Porque, horas después de que se dieron a conocer los resultados del referéndum que hicieron oficial el *brexit*, la segunda pregunta más buscada en el buscador de Google fue: “¿Qué es la Unión Europea?” (Fung, 2016).

Solo por poner un ejemplo, tomemos el cambio climático, sus causas y efectos. Podremos tener nociones sobre lo que es y lo que representa, pero, a menos de que tengamos conocimientos avanzados en alguno de los campos de la ciencia que estudian este fenómeno, es natural que decidamos recurrir a expertos para poder establecer posturas y planes de acción. Pero para poder abordar este tema tan amplio y que alberga consecuencias demasiado reales para nuestro futuro, necesitamos partir del mismo plano de la realidad. Esto debería darse por hecho, pero dentro de las cámaras de eco resulta sencillo negar datos tangibles con rumores respaldados por la repetición. Si todo es verdad, nada es real.

Experimentamos la realidad de manera subjetiva, pero no debemos negar las consecuencias tangibles de nuestros actos. De igual modo, el que todo el mundo tenga el derecho de expresar su opinión no significa que todas las opiniones sean igualmente válidas. Asimismo, debemos revalorar viejos conceptos que se han vuelto anacrónicos en nuestra sociedad hiperconectada. En su libro *Visión de paralaje*, Slavoj Žižek declara que cuestiones como las raíces étnicas o la identidad nacional son, en última instancia, irrelevantes, pues “para ponerlo en precisos términos kantianos, cuando reflexionamos sobre las raíces étnicas, nos embarcamos en un uso privado de la razón, obligados por presuposiciones dogmáticas contingentes. Es decir, que actuamos como individuos inmaduros y no como seres humanos libres que habitan la dimensión de la universalidad de la razón” (Žižek, 2006, p. 19). Esto también aplica a nuestras creencias y a todas aquellas nociones que limitan nuestra percepción de la realidad.

Para poder aceptar la otredad de los demás grupos sociales debemos repensar el concepto de multiculturalismo y lograr reconocer a nosotros mismos como extranjeros. “El comunitarismo no es suficiente: el reconocimiento de que todos somos, cada uno a su manera, unos extraños lunáticos es la única esperanza para una coexistencia tolerable de los diferentes modos de vida” (Žižek, 2017, p. 235). Tal vez la meta de la solidaridad universal —la cual requiere que nos volvamos seres universales, con su respectiva distancia a nuestro mundo vital— todavía está fuera de nuestro alcance, pero sí es posible escapar de nuestras cámaras de eco a través de afinidades que jueguen con fluidez dentro del espacio ideológico. Es aquí donde entra el papel del arte.

Evidentemente, la ideología desempeña un rol fundamental en la creación de toda expresión artística, ya sea de manera voluntaria y consciente, como en el caso de la propaganda; o de manera inintencionada y subliminal. El arte es un vehículo para la transmisión de ideologías y, por lo tanto, puede contribuir a la polarización ideológica. Sin embargo, la forma en la que consumimos e interactuamos con las expresiones artísticas involucra toda una serie de relaciones y conexiones emocionales que pueden funcionar como antídoto al tribalismo digital. El arte ofrece una construcción cultural a través de la cual nos identificamos y proyectamos, ya que juega con los espacios de exclusión inherentes a la idiosincrasia de cada quien y otorga elementos a los cuales nuestra individualidad pueda asirse. Resulta interesante y emblemático de nuestra sociedad hiperconectada cuando una persona se identifica con algún determinado producto artístico, aunque no pertenezca al *target* para el cual este fue creado. Ese es el poder de la música, el cine, los libros, la pintura, etc. Es a través de esta fluidez de las expresiones artísticas, de penetrar y alterar las identidades de los individuos, que es posible romper las barreras cognitivas de las cámaras de eco y lograr así la emancipación de la conciencia humana.

En nuestra actual alegoría de la caverna no hay titiriteros proyectando sombras en la pared; nosotros somos los que filtramos la luz del exterior con nuestras propias formas, y somos nosotros los que proyectamos las sombras. Para salir de nuestra caverna digital debemos reconocer que todos tenemos puntos ciegos sobre temas que nos apasionan, que nuestras posturas dictan en gran medida nuestra búsqueda de información y aceptar que toda oposición nace de una percepción diferente del mundo.

Se dice que cuando navegamos en la Internet nos adentramos a la *supercarretera de la información*, pero no nos dicen que manejamos con visión de túnel. Una última analogía: si la Red global es nuestra biblioteca de Alejandría, las cámaras de eco serían el equivalente a estar atorados en una única sección de este magnífico lugar. Tenemos acceso a todo el acervo cultural de la humanidad, podemos conocer cómo viven en este mundo personas diferentes a nosotros; usemos nuestra curiosidad y criterio y tomemos ventaja de todo esto. Aceptar las diferencias y reconocer ideologías adversas resulta difícil, pero nadie dijo que salir de la caverna fuera fácil. Ni siquiera Platón.

Si la Red global es nuestra biblioteca de Alejandría, las cámaras de eco serían el equivalente a estar atorados en una única sección de este magnífico lugar.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (1951). *Los orígenes del totalitarismo*. Ciudad de México, Méx.: Alianza Editorial.

Berners-Lee, T. (1989). *Information Management: A proposal*. Suiza: CERN.

Berners-Lee, T. (2017). *Three challenges for the web, according to its inventor*, Recuperado de <https://webfoundation.org/2017/03/web-turns-28-letter/>

Fung, B. (24 de junio de 2016). The British are frantically Googling what the E.U. is, hours after voting to leave it. *The Washington Post*. Recuperado de <https://www.washingtonpost.com/news/the-switch/wp/2016/06/24/the-british-are-frantically-googling-what-the-eu-is-hours-after-voting-to-leave-it/>

Kierkegaard, S. (1846). *Postscriptum no científico y definitivo a migajas filosóficas*. Ciudad de México, Méx.: Universidad Iberoamericana.

Laclau, E. y Mouffe C. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia la radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Platón (380 a. C.). *La República*. Grecia.

Shakespeare, W. (s. xvi) *El mercader de Venecia*. Inglaterra.

Sloterdijk, P. (1998). *Esferas I*, Madrid, España: Siruela.

Zizek, S. (2006). *Visión de paralaje*. Ciudad de México, Méx.: Fondo de Cultura Económica.

Zizek, S. (2017). *El coraje de la desesperanza: crónicas del año en que actuamos peligrosamente*. Ciudad de México, Méx.: Anagrama.

Artículo recibido: 2-12-2018

Aceptado: 21-1-2019